



Isabel Izaguirre, pionera asturiana del alpinismo

Elisa Villa
evilla@geol.uniovi.es

En los años 40 y 50 del siglo XX algunas montañeras españolas comenzaban a destacar en el deporte de la escalada, hasta entonces mayoritariamente masculino. Una de ellas fue la gijonesa Isabel Izaguirre Rimmel, quien, en un periodo de tiempo muy corto, acumuló numerosos éxitos en montañas muy importantes.

Isabel es menuda, dulce, aparentemente tímida, aunque muy risueña. Tiene 88 años pero sus ojos ríen con el mismo encanto con el que lo hace en las fotografías de juventud que me acaba de enseñar. En ellas veo una chica de ojos claros y trenzas rubias, de unos veinte años, que sonríe traviesa teniendo siempre como fondo paisajes de montañas. Son fotos en las que aparece escalando una arista, progresando por una chimenea, rapelando una pared o, simplemente, descansando mientras mira a la cámara con la expresión radiante de quien acaba de alcanzar la cumbre. Dos de ellas me llaman particularmente la atención. En la primera, de 1952, Isabel, encordada y con atuendo invernal, descansa sobre un blanca y helada arista portando... ¡un bastón de madera! En la otra, que lleva fecha de 1953, está apoyada en una gran cruz que recuerda las que son tan frecuentes en las cimas alpinas de importancia. Las fotos corresponden, respectivamente, al Mont Blanc y el Cervino, por lo que mi sorpresa es grande: ¡muy pocas españolas habrían conquistado en aquellas fechas tales cumbres! Además, como Isabel es asturiana de nacimiento, pienso que es casi seguro que ella fue la primera mujer de esta región que puso el pie en lugares tan emblemáticos del alpinismo europeo. ¿Quién es Isabel?, me pregunto. ¿Cuál es su historia? ¿Qué vínculos tiene con Asturias? ¿Cómo nació su afición al alpinismo? Aunque estas cuestiones acuden desordenadas a mi cabeza, las precisas y sobrias respuestas que ella me va dando permiten esbozar este breve e incompleto perfil de su vida montañera.

Las raíces

Isabel Izaguirre Rimmel nació en Gijón el 9 de octubre de 1927. Su padre era un ingeniero de minas vizcaíno que dirigió explotaciones en Asturias y en Sabero y que, no sólo por su profesión, mantuvo fuertes vínculos familiares con Asturias: un hermano suyo llegó a ocupar la Cátedra de Química Teórica y Electroquímica en la Universidad de Oviedo y su padre, el abuelo de Isabel, fue Magistrado de la Audiencia de esta ciudad. En cuanto a la madre de Isabel, se trataba de una dama inglesa (con ascendientes de diversas nacionalidades) cuya familia, al jubilarse el padre, empezó a buscar un lugar de Europa donde asentarse. Tras una visita a Asturias, en la que les gustó mucho el clima y el paisaje de esta región, eligieron Gijón como residencia. Y fue así como la joven inglesa conoció al ingeniero vasco en el Club de Regatas de esta ciudad, en la que tiempo

Primeros rayos de sol en la cumbre del Mont Blanc, en la mañana del 26 de agosto de 1952



más tarde se casaron y en la que nacería su hija Isabel. (Por cierto, el parecido del segundo apellido de Isabel con el nombre de la máscara de pestañas que todos conocemos no es una casualidad: ¡su bisabuelo Eugène Rimmel fue el inventor de este cosmético!).

Isabel sólo pasó de modo continuo en Gijón el primer año de su vida, ya que poco después la familia se trasladó a Madrid. Sin embargo, durante varios años, hasta el estallido de la Guerra Civil, los Izaguirre regresaban cada verano para pasar las vacaciones a orillas del Mar Cantábrico. La memoria de Isabel aún conserva muy vivos los recuerdos infantiles de aquel periodo, en el que aprendió a hablar con los giros y expresiones del dialecto local. Ella nos cuenta que tanto sus tías como su padre gustaban de dar largos paseos a pie por el entorno rural de la ciudad y que solían llevarla con ellos, por lo que se puede afirmar que Gijón fue el escenario de sus primeras "grandes" caminatas. No obstante, la pequeña no les acompañaba de buen grado; muy al contrario, se negaba enérgicamente y protestaba diciendo que ella lo que quería era "ir a la playa a hacer *quesinos*". (Años más tarde, cuando la joven Isabel pedía a su padre dinero para ir a Los Alpes, éste le solía contestar: "Pero, bueno, ¿no quedamos en que lo que más te gusta es ir a la playa a hacer *quesinos*?"). Sin embargo, fue en esta etapa infantil cuando ascendió su primera cumbre y visitó por primera vez los Picos de Europa, ya que a los tres años, durante una excursión familiar a Covadonga, subió al Pico Priena; y, un poco más tarde, junto a su padre, hizo una inolvidable excursión a Vegabaño.

El verdadero gusto por las largas caminatas al aire libre comenzó a desarrollarlo en la adolescencia, época en la que solía pasar los veranos en el pueblo guipuzcoano del que procedía una rama familiar y en la que disfrutaba acompañando a la telegrafista en el reparto de cables por los caseríos de la zona. La atracción que ya entonces sentía por la naturaleza hizo que conectase con un club de montaña de Elgoibar y participase en varias excursiones organizadas.

Comienzos de una vida montañera

En el otoño de 1945, de vuelta en Madrid, una amiga que cada semana iba a la sierra con su familia la invitó a ir con ellos. Aquel día, además de descubrir el esquí, un deporte que le entusiasmó y que ya nunca dejaría de practicar, comenzó una década de pasión absoluta por la montaña. Y fue también allí, en la sierra, donde en 1948 se encontró con otro amigo que le contó que se había hecho socio del club Peñalara, le habló de las actividades que organizaban y la animó para que se uniese a ellos. De este modo, en 1949, Isabel entró a formar parte de la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara y de su Grupo de Alta Montaña (del que era presidente José González Folliot), una relación que ha marcado su trayectoria montañera y que permanece hasta el día de hoy. A partir de aquella fecha, los años se dividían, deportivamente hablando, en dos largas temporadas: la de esquí en la sierra, en la que se intercalaba alguna escalada invernal, y la de escalada en roca en La Pedriza. Pero para esto último tuvo que esperar a cumplir los 21 años, ya que los menores de edad debían presentar el permiso paterno antes de ser aceptados en los cursillos de iniciación que se organizaban. Isabel, suponiendo la sorpresa que se llevaría su padre si le pedía semejante cosa, ni se le pasó por la imaginación hacerlo.

A la escalada llega con la mayoría de edad, pero dispuesta a recuperar rápidamente el tiempo de espera. En esos primeros años, ya se atreve a subir de primera de cuerda al Segundo Hermanito (a pesar de que su corta estatura representaba un duro hándicap en algunos pasos) y a escalar en 1951 la vía de la chimenea abierta en 1933 por Teógenes Díaz y Ricardo Rubio en el Torreón de Los Galayos. Esta ascensión fue la sexta escalada femenina a esta cima y en ella Isabel formó cordada con dos nombres sonoros del alpinismo español: Agustín Faus y Tomás Sanjust.



*Página anterior: Los tres Mont Blanc,
escenario de la Travesía de los Cuatromiles*

Izq.: Una invernada a la Galana (Gredos) en 1954

Abajo: Isabel Izaguirre en Gredos en el año 1952

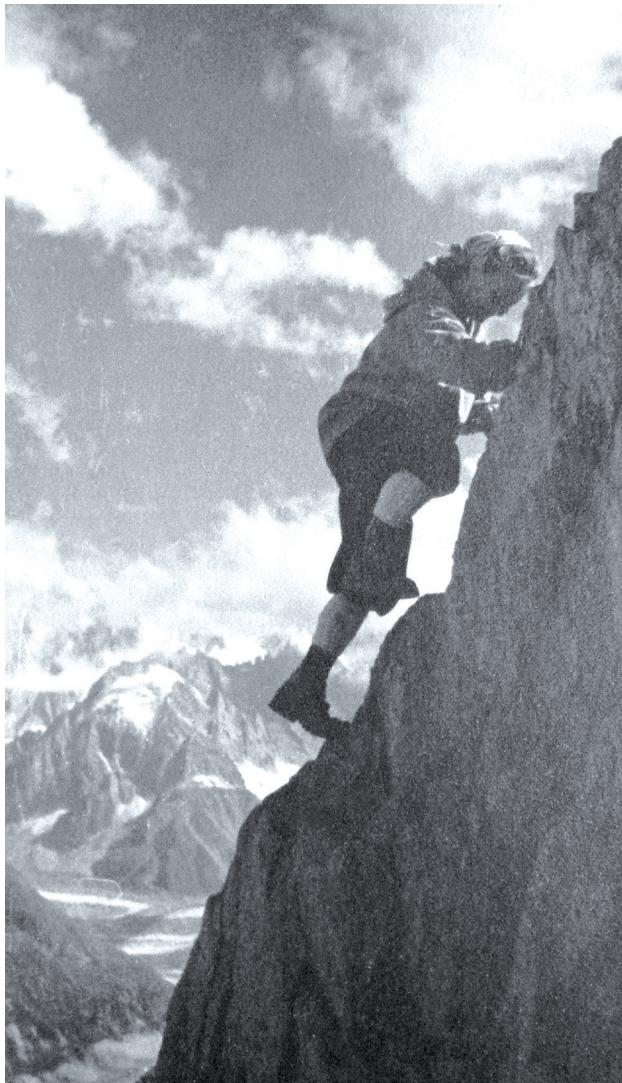


El Mont Blanc

En el verano de 1952, Isabel y un grupo de amigas disfrutaban de unos días de vacaciones en Argentiere, al pie del Macizo del Mont Blanc. Sus planes incluyen hacer diversas excursiones por la zona, pero la mirada de nuestra protagonista se dirige a menudo hacia lo más alto, a un objetivo que la había dejado fascinada desde que lo vio por primera vez desde el tren que la llevaba a Chamonix: el Mont Blanc. Ella espera que alguna de las amigas se anime a acompañarla, pero los días han ido pasando, el fin de la estancia se acerca, y ninguna de las chicas se ha decidido a meterse en empresa tan atrevida. Isabel, demostrando entonces su fuerte determinación, se acerca a la Oficina de Guías de Montaña de Chamonix. Allí, cohibida ante la presencia de los guías alpinos, héroes de sus lecturas montaÑeras, expone tímidamente sus deseos de subir al Mont Blanc. Ya tiene 24 años, pero su aspecto aniñado hace que, de mano, le pidan que

muestre el permiso paterno. Aclarada la edad, toca resolver otro problema: encontrar material adecuado a su talla. No había crampones de su medida y tuvo que arreglarse con otros un poco más grandes que, a pesar de ser ajustados al máximo, le iban a dar serios problemas. El caso del piolet fue aún peor, porque no hubo solución posible: ¡todos eran demasiado altos! Alguien de la oficina apareció entonces con un bastón de madera, el que vemos en la fotografía de cumbre, y con él inicia la aventura.

La ruta que elige el guía es la que comienza en el Nido de Águila, la estación superior del tren cremallera que parte de Les Houches, una ruta que sigue siendo la normal hoy día. Allí comienza el ansiado ascenso hacia las alturas que la lleva primero a Tête Rosse (en cuyo refugio almuerzan) y le permite contemplar, arrobada, la impresionante pared blanca de la Aiguille de Bionnassay, representación del mundo de alta montaña glaciar que ella tantas veces ha admirado



Izq.: Trepando por las montañas de Chamonix en 1952

Abajo: Isabel en un rápel en La Pedriza



en libros y revistas y que, ahora, por primera vez, se hace realidad ante sus ojos. Duermen unas pocas horas en el Refugio de la Aiguille du Goûter y a las tres y media de la madrugada salen hacia la cima. No hay nadie por delante, ya que son los primeros en emprender la marcha siguiendo, a la luz de sus linternas, las huellas del día anterior. Todo es nuevo para Isabel y ella se siente feliz, como en un sueño. Pero un poco antes de coronar el Dôme du Goûter, algo la sobresalta: se ha soltado el crampón izquierdo. En el Refugio Vallot, una auténtica cámara frigorífica, el guía se detiene e intenta arreglarlo para asegurar que no dé más problemas. Y continúan hacia arriba. Seguramente en todo este tiempo el guía va observando la firme progresión de la chica y, aunque ella no fuese consciente de estar siendo sometida a un examen, parece que examen sí lo hubo y que Isabel lo superó satisfactoriamente: en la Arista de Les Bosses, cuando aún no han alcanzado la cumbre del Mont Blanc, el guía le sugiere alargar la excursión continuando por la ruta de los Cuatromiles. Es decir, además del Mont Blanc, le propone conquistar el Mont Maudit y el Mont Blanc du Tacul.

Pero antes hay que conquistar el primero, el más alto, una cumbre que parece no llegar nunca y de la que aún la separa una arista cada vez más inclinada, en la que ya se atisban los impresionantes abismos de la vertiente italiana. Isabel

intenta no pensar en ello y no da muestras de ninguna debilidad, sino que sigue ascendiendo como una autómatas hasta que nota que la pendiente de la arista disminuye, luego se hace horizontal, y un poco más allá parece descender ligeramente... ¡Ha alcanzado la cima de Los Alpes! Todo su cansancio desaparece en un instante, sintiéndose la mujer más feliz del mundo.

A partir de allí, la travesía de los Cuatromiles continúa hacia el Mont Maudit, donde le esperan los pasos más delicados. Isabel no sabe por qué, pero está inquieta y presiente que algo malo va a suceder. En la arista de ascenso desde el Col della Brenva al Mont Maudit una inclinada placa de hielo brilla intensamente al sol. El guía la ataca de frente, clavando con fuerza todas las puntas de sus crampones e Isabel le sigue con decisión. Pero, de pronto... ¡se suelta otra vez el crampón izquierdo! Sin él, la chica cae y se desliza por la pendiente helada arrastrando con ella al guía, que no esperaba el tirón. Afortunadamente, una masa de nieve profunda les detiene unos quince o veinte metros más abajo y los únicos daños son algunos pequeños desgarros en la ropa y una herida poco importante en el brazo de la muchacha, hecha al clavarse uno de los crampones del guía. Curiosamente, después de la caída Isabel se tranquiliza por completo: considera que lo malo que presentía ¡ya ha pasado!



Arriba: En el Pico de Santa Ana oriental,
Macizo Central de los Picos de Europa

Dcha.: En la cumbre de Peña Santa



La travesía continúa por el Mont Blanc du Tacul, donde la inmensidad de la Vallée Blanche la deja maravillada. La vista le parece tan hermosa o más que desde la cumbre del Mont Blanc, ya que estando en lo más alto la grandiosidad de la cordillera se veía lejana mientras que, ahora, desde este punto, ella tiene la sensación de estar envuelta por el paisaje, de formar parte del mismo.

Aquella asombrosa jornada de agosto de 1952 prosigue cruzando y bajando la enorme extensión blanca de la Vallée Blanche, atravesando luego una ladera rocosa para llegar al Refugio Requin y siguiendo más tarde, de nuevo sobre hielo, por la Mer de Glace hasta la estación de Montanvers, donde llegan justo a tiempo de tomar el último tren de regreso a Chamonix. Han descendido nada menos que 3.000 metros, en los que no han faltado saltos por encima de grietas pavorosas. Cuando sube al tren, la blanca cumbre del Mont Blanc todavía está iluminada por los últimos rayos de sol pero el valle ya está envuelto en la oscuridad. ¿Cuántas horas de concentración y esfuerzo a lo largo de pendientes heladas, delicadas aristas e incómodos glaciares representó aquel itinerario? No es exagerado suponer que tuvieron que ser más de quince. Sin embargo, ahora, al hacer repaso de todos los días pasados en la montaña, Isabel recuerda aquella jornada como la mejor de su vida de alpinista, como

el día en el que (a pesar del crampón izquierdo) todo fue perfecto.

Los Picos de Europa

Como socia del club Peñalara, cuya presencia en los Picos de Europa ha sido constante desde el principio del siglo XX, Isabel pronto tuvo oportunidad de familiarizarse con estos macizos. Y, naturalmente, sus objetivos no fueron menores. En 1953, además de subir el Torrecerredo, La Párdida, los Picos de Santa Ana, Peña Vieja y otras cimas importantes, alcanzó el Naranjo de Bulnes por la vía Sur Directa formando parte de una cordada de cuatro escaladores (dos hombres y dos mujeres, Isabel y Julia Sixto Polo). Con esta escalada las dos chicas pasaban a ser la novena y décima mujer que conquistaban el Urriello, siendo Isabel la primera asturiana. No fue ésta su única actividad destacada en los Picos de Europa ya que, en ese mismo año, y de nuevo junto a Julia y otros amigos, Isabel subió a la cima de Peña Santa por la vía que en 1935 habían abierto Cuñat, Casquet y Villaroel en la imponente cara sur. Este itinerario alcanza la cresta en el punto denominado Brecha de los Cazadores y desde allí continúa por la muy afilada arista oriental, obligando a efectuar numerosos destrepes y algún rápel. Isabel y Julia fueron las primeras mujeres que recorrieron dicha vía.



El Cervino y la Cima Grande de Lavaredo

En el mismo año (1953) de la visita a Picos de Europa, la alpinista Isabel Izaguirre tuvo otros éxitos importantes. Aquel verano, la Sociedad Peñalara organizó una excursión en autobús a los Alpes Italianos y entre los puntos elegidos para acampar estaba la localidad de Breuil, situada al pie del Cervino. El Cervino, la montaña más bella de Europa... ¡Un sueño para cualquier alpinista! Dos componentes del grupo formaron cordada, decididos a intentar la escalada de tan impresionante pirámide. Pero había otros dos, Isabel y un joven llamado Rafael Lluch, que también anhelaban subir, si bien, ante una montaña tan inmensa y desconocida para ellos como el Cervino, no se sentían tan seguros como para hacerlo solos. Los dos jóvenes deciden contratar un guía, servicio cuyo coste en 1954 constituía una pequeña fortuna: dos mil pesetas. Isabel aún recuerda el nombre del guía, Bruno Bich, y cree que era bisnieto de Jean-Baptiste Bich, uno de los componentes de la primera ascensión italiana al Cervino, la liderada por Carrel en 1865, en la que se alcanzó la cima solo tres días después de la trágica primera del grupo de Whymper.

Isabel, con gran coraje, también llegó a lo más alto, pero lograr este sueño fue duro, ya que las vías del Cervino son extraordinariamente largas y el tiempo no acompañó: ¡durante la subida hicieron frente a tres tormentas sucesivas! La ruta italiana de ascenso discurrió por la llamada vía del León y el descenso, que le pareció interminable, tuvo lugar por la arista Hörnli de la vertiente suiza. Pernoctaron en el Refugio Hörnli, en la base de esta arista, a donde llegaron felices pero muy, muy cansados. Y a la mañana siguiente han de levantarse muy temprano para emprender la larga marcha hacia Cervinia atravesando el Collado Breuil. ¿A qué vienen tantas prisas? Sólo lo descubre cuando llegan a Cervinia: es el 15 de agosto, Fiesta de los Guías Alpinos, y Bruno no quiere perderse ni la misa ni los otros actos, todos tan vistosos, que se celebran aquella mañana y en los que los guías son precisamente los protagonistas.

Por si fuera poco éxito la ascensión al Cervino, en la misma excursión a los Alpes Italianos los peñalares visitan Las Dolomitas e Isabel redondea su currículum montañero escalando nada menos que la Cima Grande de Lavaredo.

Poco tiempo después de realizar todas estas actividades, Isabel contrajo matrimonio y comenzó una etapa como esposa y madre en la que crió cuatro hijos. La escalada, una actividad demasiado exigente, ya no será compatible con esta nueva vida de familia y ha de ser abandonada para siempre. Pero Isabel no abandonará la montaña, ya que nunca ha dejado de participar en las actividades de su club, de las que disfrutó llevando a ellas primero a sus hijos y más tarde a sus nietos. Y aún ahora, junto a otros veteranos peñalares, viaja cada año a los Picos de Europa y es feliz asomándose a la Garganta del Cares, admirando las bellezas de Valdeón, o contemplando el Naranjo desde la distancia. Necesita este contacto con las montañas porque, como ella misma confiesa, la montaña es uno de los pilares fundamentales en los que se ha asentado su vida.

La Sociedad Peñalara le ha concedido varios reconocimientos: Medalla de Oro al Mérito Social, homenaje del Grupo de Alta Montaña de Peñalara (del cual es Miembro de Honor) por su permanencia de más de 50 años, y Trofeo Teógenes por su trayectoria deportiva y humana. En 2013 fue nombrada Miembro de Honor del GAM de la Federación Española de Montaña y Escalada. En Asturias, a pesar de haber sido la primera asturiana en pisar cumbres de tanta importancia como el Naranjo de Bulnes, los tres Mont Blanc, el Cervino y la Cima Grande de Lavaredo, su nombre ha pasado desapercibido. Que estas páginas de la revista del GM Vetusta de Oviedo sirvan hoy para dar a conocer su figura.

Agradecimientos. Mi gratitud a Joaquín Bejarano Sen, de la RSA Peñalara, que fue quien primero me habló de la figura de Isabel Izaguirre como alpinista y quien propició



Arriba: En compañía de una amiga en los Alpes franceses, año 1952

Dcha. En la cumbre del Cervino,
junto a su compañero de cordada (1953)

Pág. anterior: Isabel en 1952 en el Refugio de Gôûter,
con la Aiguille de Bionnassay al fondo

Abajo: Excursión reciente con un grupo de amigos. De izquierda a
derecha M^a Luisa Rodríguez Galán, Joaquín Bejarano, Isabel Izaguirre,
Anibal Herrero, Félix Méndez, Alfredo Granda y Mari Carmen Arribas



amablemente mi encuentro con ella, celebrado en Caldas de Luna el 24 de junio de 2016. Algunos datos de su biografía proceden de la entrevista que Carlos Muñoz-Repiso le hizo en 2003, publicada en el nº 506 de la Revista Peñalara. Las impresiones experimentadas por Isabel en el Mont Blanc las dejó escritas ella misma en el artículo "Mont Blanc, el rey de los Alpes", aparecido en 1953 en el nº 318 de esa misma revista. Parte de la información relativa a las escaladas de Isabel en los Picos de Europa ha sido tomada de los libros "El Naranjo de Bulnes. Cien años de escaladas" y "Peña Santa, la perla de los Picos", de los que es autor Isidoro Rodríguez Cubillas (ambas obras publicadas en Ediciones Desnivel).